

POEMAS SENTIMENTALES

*En orden de aparición,
a Cecilia, Francisca, Margarita y Angelina.*

I. Sentimentales

*Haver estat vius un dia és una espurna
lluent a un fons de fosca eternitat
sense retorn ni resurrecció.*

“Haber vivido un día es una chispa
brillante en una oscura eternidad
y no hay retorno ni resurrección.”

Joan Margarit, *Estació de França*.

autobiografía

Nací en los suburbios de Córdoba,
a la noche, en un hospital de locos,
cabeza abajo y pataleando al cielo.
El aire del murciélago ya era
para mí una fábrica de espanto.
Me llamo Silvio, y naturalmente
no elegí la ciudad ni el adjetivo
paradójico. Un día me atraparon
con unos libros y llegué sin pausas
a la universidad. Algunas chicas,
como suele ocurrir, no me miraron...
Después encontré una y me casé.
Casi tengo tres hijas, cuando aplico
mi invierno a estos versitos, sus demandas
me tiran boca arriba y me retuerzo
de muda risa. ¿Me habré muerto afuera
de tanto ver el cielo que se torna
cada vez más hermoso?

carta

¿Regalos de una caligrafía muerta?

Se dirigía a los que habían emigrado,

el padre a la hija que se llevaba

todo, con quien le llevaban toda

la suave espera del futuro. 23

de diciembre de 1951.

“Mañana es Nochebuena y pienso...

quisiera que hoy estuvieras aquí...

con nosotros... armar un lindo pesebre...

tu sei tanto lontano... la alegría

que no pude tener... Brindaremos

una y otra vez por tu salvación...”

¿El porvenir fue óptimo, excelente?

Quizás. Pero el abuelo no vería

a su nieto niño, no conocería

al bisnieto poeta: *eccomi qua!*

“Pienso... ahora pienso... hubiese

querido bajarte los regalos de la chimenea...

un bel pulcinella... una bella bicicletta...

un calzettone pieno di dolci... torroni...

y ni siquiera eso pude hacer...”

Una estilográfica, sin duda, y un papel

que absorbe la tinta para que las letras

dibujen sus curvas precisas, de artista.

El dolor se esconde tras la cortesía,

apenas. “Este año no armé el pesebre,
no armé el árbol... me faltaba todo...
me faltabas... *angelo bello*. No puedo darte
mis deseos... tus queridos... te mando
al niño, José y la Virgen... *ti auguro
tante belle cose... il tuo papà Milo baci.*”

La escritura se inclina a la derecha
apenas. Los palitos que atraviesan
las “t” y las dobles “tt” parecen escaparse
de las lágrimas negras que inician las palabras.

La “M” mayúscula de “Madonna” hace
un extraño arabesco antes de subir
sus dos crestas. Al final el papel
se acaba: las cuatro últimas líneas
se apilan en dos renglones. Una parte
de mí se queda en el apóstrofe que falta,
en medio de la ciudad desconocida:

L’Aquila. La otra parte, en su idioma,
piensa que va a morir sin que nada
pueda sacarla del lugar natal.

En la pantalla líquida contemplo
la imagen de la carta consumida.

Nada es eterno, aunque ningún amor
se va del mundo sin dejar su huella.

el rapto

¿Por qué te refugiaste con tu amigo
en esa casa de un barrio distante
donde pasó lo que olvidaste? Los colores
vivos en las ropas de las gitanas
te dieron miedo. ¿Desde cuándo
vivías preso de mitos dispersos
que hablaban de algo peor que la muerte?
Acaso desde el sueño en que ese tigre
metálico devoraba unos vagones
cargados de familias aniñadas. Ya
tocan el timbre los dedos extraños.
Si pudieras ver cómo se mueven
esas pupilas verdes de un dichoso
nomadismo, no sentirías
que pueden alzarte por encima del metro
de tu altura. La pregunta temida
no era “¿adónde me llevarán?”, sino
“¿me querrían llevar?” ¿Tenías
un valor de niño no reemplazable?
Golpe del azar, podías, te aterraba
desaparecer como los amigos
de tus padres que cruzaban el mundo.
No existían todavía los monstruos
perfectos de los libros, sin materia;
te abrazaste al temblor del cuerpo flaco

del otro chico, hasta que alguien, padre
o gitana, viniera a buscarte.

Ahí se demora el cuadro: dos niños
que detrás de una puerta esperan mudos
el ruido que los separe, cada uno
a su casa, con su figura clara
y el inhallable anticipo del fin.

alfabetización

No tengo más que un día en primer grado,
único recuerdo que no inventó
sus palabras. Seguro que mi cara
competía en blancura con la tela
del guardapolvo. Pero llegó el miedo
cuando unos profesores de gimnasia
pidieron uniformes, sogas, palos
de escoba recortados. ¿Qué pensé?
¿De dónde aquella idea de torturas
o de combates cuerpo a cuerpo? ¿Dónde
capté esa información interceptada
sobre un castigo que no discrimina
y pega a todos por igual? Me cuentan
que estuve ahí tres meses, ya vaciados
de mi memoria. Dicen: “otro día
te hiciste pis encima, la maestra
no te dejó ir al baño hasta el recreo”.
¿Canjearon la vergüenza incontinente
por las artes marciales tan temidas?
Y habré escondido la felicidad
de no saber leer y poco a poco
dibujar, descifrar mi paraíso.
En la siguiente escuela, que parece
eterna, saturada de minutos
de intensa expectativa y de niñas

deseadas, quizá aprendí dos lemas:
no hay que mostrar el miedo ni el amor
- aprovechar el sabor de las bocas
con que la suerte besa -, y que siempre
es preciso fingir que uno es judío
para escapar del catecismo y ver
la risa de seis años de Judith.

casa nueva

¿Y dónde están los otros, tus amigos?
En cada barrio los chicos forman grupos
tan irregulares que apenas se llaman
“barras”, una dureza frágil para esculpir
cuidándola del agua que la derretiría.
En tus palabras abundantes que ignoraban
un secreto que hoy no sabría guardar,
aprendí un nuevo miedo. Justo entonces
empecé a convertirme en el monstruo
inaccesible que ofrece a la nada
un cuerpo infantil. Eras el verso
posible que busco. Versificaste
el ritmo de las hojas de los plátanos
cayendo amarillentas, la corteza
que sale y se renueva aunque millares
de chicos como nosotros la arrancaran
distráidos para compartir algo
que no se come durante esas parvas
de siestas silenciosas. Y a la noche
sin tus oídos diestros en la pieza,
donde fui el pánico con varias caras,
me preguntaba: “¿dónde estará el otro,
el que no volveré a ver, el que nunca
podré ser? ¿Qué soy, por qué en la oscuridad
constantemente escucho la voz de la muerte?”

lo olvidado

¿Qué fue dicho por el niño que vuelve
al lugar del martirio? ¿Ya sabía
lo que cruzó su cabeza al nacer?

El miedo a no poder perderse nunca
desde que habló y pensó, lo congelaba
como a mí el frío demasiado libre
para abrazarme las piernas. Tu sombra
quedó varada allá, limbo dichoso
donde estás extraviado, mi proyecto
de líneas sin abandono se alejaba
justo cuando mi más pequeño yo
confirmaba que no tenía asilo.

Ya no estás conmigo sino en efigie
y soy la sombra de ella, aunque seré
algún día el espectro de mis hijas.

Ojalá un dios fallecido me vuelva
tan olvidable como fue mi infancia.

ególatra

¿Qué ser? ¿Qué hacer? ¿Qué
dejar que sea lo que algún día
haga? La luz besa esas tímidas hojuelas
de los paraísos que se resisten
a dejarlas caer. ¿Podré
ser eficaz o habré de preferir
la tenue trivialidad de todos
los que en silencio escuchan mis palabras?
Contarles, por ejemplo, aquel secuestro
de Proserpina en un resumen
ilustrado que me impuso el mito,
y mi primer metamorfosis. Dicen
que en el colegio, para que no hablara,
me dejaban leer historias griegas
y al final de la clase repetía
las hazañas de Hércules o el combate
de Júpiter contra los titanes.
No me acuerdo de nada, pero claro
que la imagen del niño que leía
y después declamaba lo imposible
para chicos de clase media baja
puede ser un blasón. Lo quemo ahora
para no confundirme con un ángel.
Lo único importante era mi vida
de niño dios, cuya gloria certera

podía prescindir de las pasiones.

perrita de mi infancia

Madre de la memoria, que dominas
todos mis placeres, ¿recordarás
las caricias, la luz de la siesta
en el piso de arriba? No creciste
demasiado. Seguía ahí tu pelo
de perra negra husmeando el vacío
entre largas orejas. No tenías
otro nombre, “Pichita”, reiterado
por nuestros labios infantiles. ¿Cómo
caíste envenenada en un jardín
de pétalos amargos? Casa nueva,
pero no vida nueva. Fue tu muerte
lo mismo que me golpeó. Sin ladrar
me mirabas, vigilabas durmiendo
mis efímeras desgracias. Dijimos
lo que un perro y un niño pueden ver
cuando se acerca el fin. Yo me inclinaba
para tocarte y respirar de nuevo
el olor de tu sangre. Y esa tarde
bajo la mesa te apretó el dolor:
espuma blanca en tus belfos marrones.
¡Qué pesado tu cuerpo, bolsa oscura
que babeaba en mis brazos! ¿Dónde, dónde
habrá un veterinario? Todos duermen
en las calles infinitas del barrio,

quizás ya habías muerto. ¿Rocé algo
muerto alguna otra vez? No que hubiera
visto crecer conmigo desde un tiempo
imposible, tanto como el lugar
de... ¡una hermana!... que no tendré nunca.
¿Cómo, cómo rehacer lo que fui?
La noche se estiraba como un nylon
de bolsa de residuos. Y la pala
no perforaba la tierra reseca.
Te dejamos tirada. ¿Buscar? ¿Dónde?
Buscar una caricia sin objeto
en tu pelaje suave de minutos
felices. ¿Renacerán de un abismo
vedado a mis palabras, como suben
al cielo los destellos matinales
después de haberse lavado en el mar?
Pudriéndose, tu cuerpo en el baldío
alimentó gusanos que me esperan
en secreto. Pero ya no podía
dormir sin preguntarme por los otros,
los que no quedarán, hasta que supe
que estás acá, jurándome una fe
en mi ignorado olor, en esta voz
y en tu afectuosa lengua que no hablaba.
Lloro, y los astros van con paso leve.

¿quién es?

Soy el que habló. Antes de serlo,
fui una mosca, un ratón, una lombriz
esperando que algo me apresara.
De noche, mientras leo me distrae
una araña en el techo. Veo sus patas
asomadas en el borde de plástico,
esperando. Una polilla da vueltas
alrededor de la lámpara. Mi frase
pensada se interrumpe: ahí está
enteramente negra, caminando
a una velocidad espantosa. Quieta,
la noche muda se tragó el zumbido
que acompañó mi libro. No le ruego
a nada, pero pido ser un pájaro
que llegue hasta allá arriba donde ella
chupa jugo de insecto. Salir, huir
de la pieza. ¿Cómo podré apagar
la luz, dormir cuando sus pasos suaves
golpeen al revés lo que me cubre?

tos convulsa

No puedo recordarlo, es imposible
que un niño de dos años registrara
la sombra oscura de la enfermedad
cuando planeaba su condena. Al menos
dicen que recibiste la sentencia,
aunque a cuarenta días de nacer
ni la justicia ni la medicina
tenían derecho a examinarte. Tos
convulsa, accesos que te impedían
tragar y respirar. Una carga genética
quizá más fuerte que la mía te salva
y tus manos convulsas que ya agarran
la soga desde el borde de la muerte.
¿Quién tiraba de este lado? Yo no,
simple chico celoso del perdón
que la gravedad del mal difundiría
sobre las noches agitadas
de nuestros padres. Te imitaba, me dicen,
simulando tus síntomas: “me agarra,
me agarra... cof... cof...” Risas de todos,
que no lloraban para no rendirse
a la falsa evidencia. Y te curaste,
fuimos rivales lúdicos, violentos;
desde el futuro, una olvidada mimesis
te obligaba a vivir. Ningún instinto

podrá explicar la forma en que llegabas
a darme lo que soy. Al fin los otros,
¿qué son si no los ecos de tu voz
en la cueva escarlata donde brilla
la sangre muda? “Mío, mío”, dijimos
porque siempre supimos que este mundo
empezó con el dos: la intermitencia
de una copia que nunca se termina.
Suerte que no te uniste a los perdidos.
Marcaste con la soga de tu tiempo
ese camino que nos trajo a casa.

sanatorio

Paseábamos entre los pabellones
del psiquiátrico. Los árboles del parque
nos gustaban menos que dos leones
de mármol que custodiaban la entrada.
Una tarde, mirábamos la tele
con algunos internos absortos, cuando
de pronto uno de ellos decidió
cambiar de canal. Rápido protestamos,
queríamos los dibujos animados y otros
locos nos apoyaban. Pero éste,
que apenas podía hablar de los espasmos
que lo sacudían, seguía
negándose, como si la novela
tuviera algún mensaje para él.
¿Lo amenazaste, lo amenacé? Nunca
sabremos cuál de los dos dijo:
“mi papá nos dejó ver el programa”.
“¿Y quién, preguntó el loco, es
tu papá?” “El doctor Mattoni.” La mueca
casi risueña se crispó en su cara
y se fue murmurando “bueno, bueno”.
Niños perseguidores, delegados
de los poderes que vigilan todo
y que dictan los gestos, las palabras,
seguimos contemplando las psicosis

de un gato torturado y un ratón
sádico. ¿Y qué tranquilidad
nos amparaba cuando no sabíamos
que ese lado del mundo era tan cruel
y que tampoco en éste había piedad?
Quisimos preguntarles a los locos,
que investigaban la pantalla,
cuál era ese secreto que encerraban
con sus cuerpos en viejos edificios
de los que nadie buscaba salir.
Cae la noche, un foco de mercurio
alumbra el labio abierto y esos dientes
parecen de piedra lunar, manchados
por los aerolitos que no pudo
esquivar. “Mirá, es el loco que no
nos dejaba ver tele. Está dormido.”
Sin duda en nuestra orden encontró
un descanso. Ese día los mensajes
estaban suspendidos. Respiraba
como un niño que tiene pesadillas
y se frotaban sus pequeñas manos
despegando unas costras invisibles.
“Allá está el pabellón de las mujeres”,
le dije a mi hermanito y rogué,
aunque él era valiente, que nunca
llegáramos a entrar en ese averno
donde pensé que a ninguna hora del día

dejaban de gritar las pobres locas
por su belleza ida, por un hijo,
por el delirio eterno que las cubre.

hurto

Éramos cuatro chicos en la lluvia,
pero un padre nos llevaba a través
de las filas de maíz. Habíamos
saltado los alambres y elegimos
una zona escondida para empezar
nuestra cosecha. El padre alto reía
mientras llenaba la bolsa de arpillera.
Un ladrido a lo lejos: “Vamos, rápido.
Puede vernos robando el cuidador
del campo.” El oro sabroso después
esparcía en la olla su aroma
bajo el trozo de nylon que cubría
nuestro tímido fuego. Estábamos en carpa,
seis varones sin madres, cuatro niños,
dos jóvenes jugando a la piratería
en un mundo que imitaba el peligro.
Al fin los choclos estuvieron listos.
Es la única comida que recuerdo
en ese campamento. Una mordida
tras otra. Y el agua no paraba
de caer del cielo. “Quiero más”,
decíamos, pero las aventuras
de los padres se estaban agotando.
En la ciudad, los otros se perdían
y no hacía falta el río, su creciente,

para escuchar la muerte tan cercana.

paisaje

¿Era yo el que miraba las sierras
con la birome en la mano rayando
el piso de la carpa impermeable?
El miedo a un cuerpo que cada mañana
parecía acercarse a lo que todavía
no digo. O el saber que mi cara
no era carnada para tantas presas:
mi gesto prisionero de esas risas.
Cada escenario en mi memoria esconde
un fondo de silencio. ¿Soy
el último, el que va a morir
un día? El mismo en que escribiste
por mera necesidad tus palabras
de ciego. ¿Montañas, árboles, río?
En letras de niño, sobre esa lona
pusiste una verdad a tu medida
y disfrutaste del primer elogio.
Y no querías los dientes accesibles,
la carne pobre, sino tener el hambre
de la chica que mordía otro anzuelo.
Ninguna lechucita de ojos zarcos
te dará nunca lo que no quisiste.
La noche te deja solo, me voy
a salpicar de vino mi vergüenza.

Bajo esta lámpara no recuerdo nada
que pase por un verso. ¿Para qué
esperar aquella luz anterior
invadiendo lo que no busqué? Yo,
un ridículo interior con paisaje.

primera novia

Vuelvo a pensar a veces en tu cara,
pero no puedo armarla, otras formas
de sonreír brillan encima y cierro
vanamente los ojos para verte.
No están los labios que besé en el cielo
donde campea un arco iris de bocas
sin dueñas. ¿Fue en la siesta del domingo
cuando creí que te tocaba y éramos
de nuevo esos niños que aprenden cosas
ya sabidas? Algo que iba a faltar
entre nosotros para siempre: un deseo
que no llega a su fin, que se derrocha
lejos de toda huella. Las diez cuerdas
que separaban tu casa de la mía
vieron pasar volando cada noche
una imagen de mí que no era yo.
¿Serás una simpática señora,
una madre con una ansiosa espera
comiendo para no abrir agujeros
en la saciedad? Al menos me parece
que tu memoria habrá guardado el nombre
del chico temeroso que besaste.
Lástima que no escribas un poema
para que yo conozca la distancia

de casi dos decenios entre vos
y esa belleza no recuperable.

alguien mató algo

Voy a decir solamente algo,
la cosa que fui, incrustado
en la uña, en las esférulas de polvo
sacudido a la luz de la mañana.
El animal que habla, el lenguaje
que se mueve, el padre, el hijo
y el cuerpo sacro. La primera vez
que entendí la muerte, ¿de verdad
entendí algo? ¿O era sólo
algo para decir, la imagen del interruptor
y su clic instalando la negrura?
¿La ausencia de movimiento o acaso
lo que del sueño no se recupera?
Pero no, no es posible imaginar
nada sin mi presencia, ¿quién
podría decir ese algo de olvido
sino la cosa ida? Deténganse
y toquen esta piedra sin leyenda,
la celulosa efímera, los trozos
de metal en mis dientes. ¿Sirve de algo
decirlo ahora o deberé anotar
la risa permanente de mi hija
que seguirá sonando, por su dios,
cuando yo sea rastro de dolor

o de alegría en ella? Quiero hacer
la verdad del puntazo en el plexo
que el tacto y la escritura mitigaban
como una araña cartilaginosa
estirando sus patas dentro mío
por el ligero temblor de la tela
que soy, tapiz a medias enrollado
buscando el carretel inexistente.

entrelacs

La poesía era un confidencia
para los muertos. Nadie me veía
escribiendo cuadernos que perdí.
De memoria, los digo de nuevo
como cuando trenzaba hilo sisal
para mi clase de manualidades.
Apenas un efluvio tenue
de aquel olor en mi pieza cerrada
se despierta ahora, y parece inútil
querer apresarlos. Pero no era
del todo en mí que pasaba algo
por mis palabras. Viene de muy lejos
el susurro imperceptible, persiste
en ríos subterráneos, se diría
que dioses diminutos entrelazan
sus cuerpos y el roce de la piel
espanta porque no podrá tocarse.

la mudanza

Niños inquietos y voraces, en la mesa
los veíamos hablar sin pausa, nosotros
no decíamos nada, pero sabíamos
que de esas charlas habíamos nacido,
seguíamos naciendo. Atrás de ellos,
concentrados en su idilio de padres
llamándose así aun cuando no estábamos,
la cocina hospedaba algunas sombras
de secular frescura. Pero un día
se anunció la mudanza y cada cosa
empezó a desarmarse. Vos y yo
nos despedíamos de unos helechos
donde hacían sus telas las arañas
cuyos huevos de seda inspeccionaste.
Y dejaste salir miles de seres
ambarinos en el patio del medio.
Tuvimos que pensar: que la vida
siga aunque yo esté en otra parte.
Echados del país donde pusiste
tus bichos en frasquitos horadados
para mi tenue impresión, donde escribí
mis primeras palabras, donde vimos
el sol filtrado por las copas altas
de los plátanos, ¿qué lugar podría

darnos asilo? Espías que perdieron
contacto con los mandos y no saben
si han sido o no entregados, en la casa
nueva, de excesiva luz, rodeada
por chicos de clase media, ya no
pudimos hablarnos. Se había roto
el mundo y cada uno había quedado
en fragmentos que no se juntarían.
Sobre el pozo, mi hermano, te saludo.

memento

Recuerdo un momento humillante y otro
casi dichoso: tengo nueve, diez años
y me raparon porque los piojos abundaban
como ideas ávidas en mi cabeza;
cierta niña ya histérica pregunta
a su hermanita menor qué le parece
mi cara: “No me gusta, aquel de allá
tiene más lindo el pelo.” Pasan rápidos
años, clases, de la escuela pública
de cariñosos pobres al colegio
sólo para hombres y sus entenados.
Y el profesor de homosexual
literatura preceptiva o retórica lee
mi amena descripción de ruinas
y me pregunta en dónde la copié.
“La hice en un rato, sin pensar
en nada.” “Aplaudan que tenemos
a un nuevo Oscar Wilde.” Los amigos
gritan de risa. ¡Si supieran
cuánto veneno arroja el maestrillo
al poético efebo que nunca alcanzará!
Si estás vivo, leyendo, te perdono
la resentida sospecha. Podrás ver
que mi cinismo infantil se ha borrado
justo cuando repito un par de técnicas

métricas, escolares. Y el dolor
que habrás acumulado en esas aulas,
en tus poemas de fin de semana,
se parece hoy al mío, al de cualquiera
que recita en silencio y en el fondo
se enfrenta con la muerte antes de tiempo.

amigo del colegio

Teníamos celos de amistad platónica.

Uno era el centro y los demás queríamos

estar a su lado. Quizás había aprendido

a prescindir de la exclusividad y así

captaba siempre las atenciones. Una vez

leí un poema en su cuaderno y pensé:

no soy el único. Pero sólo había

copiado la letra de una canción de moda.

¿Me alegró que no fueras un poeta?

Al menos supe que las letras de rock

me superaban entonces, y que cualquiera

podía entender los libros, sufrir, reír

o luchar contra la ausencia de los dioses

y la sospecha de la muerte. El profe

de latín, pobre abogado y mal filólogo,

nos obligaba a repetir a Horacio

de memoria, guiados por el sonido.

En vos, el tiempo habrá borrado todo.

¿Qué te llevó, mejor amigo de tantos,

a la indolencia, a la simplicidad?

Reprodujiste al abogado, al preceptor.

“Exegi monumentum”, recitábamos,

“aere perennius regalique situ...”

Los moldes comunes fijaron tu bronce;

no construiste nada. ¿Cuál será

tu situación real? De noche, manejando
por esas rutas serranas que te fascinaban,
¿todavía llorás por lo que fuiste?

lecturas

Llenas de libros, las piezas esconden
un ánimo solitario buscando
frases a la intemperie. Fue el primero
que leyó mis versos, la única
persona interesada en tales cosas.
Tardé en reconocer su ritmo hermético
y más en ver mi propia decepción
por otros medios. ¿Será suficiente
con un poema, quedarnos en él
años como hace años me decía
y se quedó, él? ¿A Dante le alcanzó
su comedia? Nada sabremos nunca
de lo que hicimos, lo que no pudimos
escribir ni leer. Me cuenta ahora
un sueño del que despertó asombrado
y, supongo, helado en la habitación
sin estufa. Sólo una imagen móvil
de cierta película japonesa:
en la batalla, un barco es asaltado
por enemigos que buscan al príncipe
de la dinastía rival, un niño
que la nodriza abraza con pavor.
Lo despierta el salto de la mujer
que se tira del barco para matar

la victoria hostil en la carne nueva.
“Tantos guerreros se hundieron allí
que los cangrejos de mar empezaron
a imitar caras de samurai”, dice
el poeta, cuya gran exigencia
lo convertía en afable maestro
y le evitaba el afán de publicar.
¿Qué ve en ese bebé arrebatado
y ahogado entre senos que bebió?
El tenue pataleo no se escucha
bajo el rumor de las olas, pero a él
lo despierta. “¿El frío está acá
o viene del mar del sueño?” ¿No viste,
amigo perdido, al frágil cangrejito
que las gaviotas cazan en la playa
porque no reconocen su rostro humano?
No es difícil pensar en lo terrible
que le esperaba al niño. Su cabeza,
con las orejas cortadas, clavada
en una lanza haría de trofeo
y juguete entre las manos, los peines
hábilés sobre el pelo que ya nunca
podría crecer. Y al que soñaste,
¿qué abismo lo tragó, de qué
lo estaban salvando? De la indolencia
en habitaciones “surannées”, no
menos cruel que el orgullo que escribe

para esas olas donde se hunde el cuerpo
antes del habla, y que anhela engendrar
un rostro de cangrejo milenario.

Se despertó con el llanto no oído,
pero debió salir al mismo tiempo
que el agua iba llenando los pulmones.

¿No llamaste a tus hijos para ver
si respiraban? Viven en otra parte
de la ciudad. Estabas solo,
y la noche tranquila de su madre
te prohibía tocar el teléfono.

“¿Un vaso de vino?” Sí, ya dejemos
este café del instante, vuelvo
a la edad en que aprendí de él,
y sin saberlo, que la poesía
no se hace con placer. Una voz
lúgubre recita en francés,
grabada en desusados discos negros
de vinilo: “Oh extravío, oh
ingrato olvido, oh tenues perfumes
de la desolación”. Anochece y me voy
antes de que la gota destilada
desde mi vaso pase a mi cerebro
y sin preguntas se escurra ligera,
lágrima de un pasado prometido.

museo

Durante años escribí
sin entender lo que leía
en versos libres, profecías plenas
de enigmas. Pero ya sin fe,
¿cómo aceptar la pérdida
del reino de la muerte, el vuelo
de un demonio que habla y se convierte
en araña o en pulga? Cuando supe
contar sílabas con los dedos
de una mano, de pronto todo
ató la sombra al hilo
y la obligó a dar cuenta del silencio.
Ese miedo a estar muerto y que no hubiera
más imágenes se hizo espejo
donde la oscuridad mostraba cosas
no vítreas, blandas, fibriladas
como cuerpos vivos. En los papeles
abandonados perdura una eficacia
que ninguna palabra alcanza.
Recuerdo el rostro enloquecido
de una mujer pintada en fondo negro
y cuyos ojos parecían irritados
por drogas o sutiles fluidos
generados por la electricidad

tensa, anhelante de los ejes neuronales.
El pelo hacia arriba casi formaba
una aureola y se parecía a Rimbaud.
Esas caras nórdicas, presas
en la trampa infinita de mirar
la nieve. Y volví a un sueño tan distante
que me alejaba del poeta
comentando al lado mío la pintura.
Los hilos de aquel augurio perforaban
el paquete en que me transformaron
una exigencia atroz y un gran desorden,
como si el miedo a la muerte tuviese
en su reverso un deseo suicida.
Il miglior fabbro no pudo escuchar
lo que no supe decir. Con sus versos
no había nada que aprender:
pero era estar ahí, en ese mundo
perfectamente tangible. El sueño
ponía el cuerpo de Rimbaud en un libro
que su foto ilustraba. Yo leía,
en un francés que mi vigilia nunca
había estudiado, los poemas últimos,
la despedida antes del fin. Los pies
en la imagen se iban hundiendo, barro
ascendente y gris, o más bien
una masa pululante de larvas
blancas e indistinguibles. Nada podía

salvar al joven poeta indefenso,
petrificado pasto en el altar
de un dios rumiante. En un momento quise
que mi lectura detuviera el flujo
de gusanos voraces. Pero el horror
se instalaba en los ojos del muchacho
que entraba en la putrefacción
sin armas ni poemas. Desperté
y desde entonces transmuté la pena
que me tocaba en trémula nostalgia
por esa carne leída y olvidada.
No quería memorias del pasado,
sino la vida de otro que se iba.

incipit idyllium

No, no es la puerta que crucé al nacer,
ni una ventana al morir. ¿Qué vuelve hoy
entre el polvillo flotante del invierno
bailando con el sol de la mañana?
¿Cómo llegaron hasta mí esta niña,
su llanto persistente que me dice:
“ahora, ya, ya, ya...”? ¿Qué dios de mayo
me empujó a hablarte en esa construcción
de plástico y cemento, donde sufríamos
vos, ella, yo, vagas ambigüedades
por infringir las reglas de concordancia?
Nuestros paraguas descansaban juntos
y algo nos distraía del pudor
que en vano desplegaba su habitual
manto sobre la clase de gramática.
Al poco tiempo, un día me llevaste
hasta mi casa, con tu piloto beige,
tus manos pequeñas manejando
y tu certidumbre de niña
que ha crecido hacia adentro, y pregunté:
“¿A vos te gusta coger? Para mí
es apenas un limbo que permite
hablar mejor.” Hablar como ya entonces
sin habernos tocado yo te hablaba.
“No es lo más importante”, contestaste,

con una risa oculta. ¿Percibiste
que no habría sorpresas, sólo gracias,
descubrimientos de mí en vos,
de vos en mí? Y aunque queríamos
gozar de la belleza, conocernos,
pusimos el deseo en las palabras.
Y cuando las dijimos siguió el tiempo.
Bajo el arco del cielo fuimos flechas.
Tenemos una pieza, estamos solos.
Nos sacamos la ropa, los dos vemos
un cuerpo más hermoso que el ansiado,
el adivinado. Besos de bajo
bisbiseo. ¿La escuchaste, la viste,
a esa vida pasada que se iba?
La suave crema del futuro unta
nuestros sexos cansados, insensibles
por un instante. Nunca supe
por qué lloraste esa noche, después,
acostada, desnuda y revisando
la pulcritud del techo. ¿Fue placer,
fue pena o despedida de otro cuerpo
que ya no volvería? ¿O la emoción
vacía que altera todos los líquidos
internos y extraños? Era imposible
que sospecháramos en cada lágrima
tuya, en cristal nocturno, una
nena, tras otra, tras otra, y vos

eras su madre y la mitad del padre
cuando sonó tu llanto en el deleite,
cuando miré en tus ojos el silencio,
espléndida como aire que relumbra.

sí

Esa vigilia incompleta era la reina
del eterno llanto. Pero de a poco
mi pensamiento fue venciendo al miedo
a fuerza de imágenes fabricadas
en la pantalla de la muerte. ¿Cómo
pasé del pánico a la lejanía
de escribir sobre el terror ajeno?
Mucho antes de que me iluminara
la luz que yo no doy, la risa
espolvoreada en labios miniatura,
tuve la sombra que confirma el sí
y fui la piedra dura que no siente,
como la arena que la mano tira
en una playa inmensa y era polvo
de mineral plegado. ¿En qué momento
de íntima revolución pude volver
a mí desde la nada de mi escudo
ricamente adornado? Ahora miro
en carcajadas los dientes de leche,
de felinos ebúrneos, puntiagudos
y oigo el campanileo de la cápsula
con carne tensa y agua. El llamador
esférico de plata da más fe
que el dudoso reclamo de una huella
entre palabras. Una nena tuerce

su boca para liberar a otra
de la abstracción que la rapta. Se ríen
al encontrarse en el hueco sentido
del mismo útero que las produjo.
Ebrias de amnios, sólo dicen nombres
que no son suyos. Saben: va a llegar
la última metamorfosis, el inicio
de otra ineludible larva y su ruido
propio. Con tantas gracias que revolotean
alrededor de las frases que inventan,
ya no estaré más solo, no seré
la planta lignificada de miedo
llorando cuando una rama se parte
por su misma rigidez. Quiero ver
todo lo que me falta, vamos hijas,
agarren la alegría del instante.

el suicida

En el departamento no se escucha
sino el pesado vuelo de una mosca
y la birome en el papel poroso.
¿Será la primavera que se acerca?
Dejemos los papeles y ya abramos
la ventana. Si él hubiera disuelto
azúcar en un café, innecesario
para el domingo a la mañana,
¿habría medido mentalmente los trece
pisos del edificio? Yo me dormía
muy tarde, antes que los rosados dedos
de la aurora me quemaran, y él
la esperaba como un condenado
que no tuvo juicio. Los otros duermen.
El pegajoso sueño de la infancia
se escurre en el desagüe de la ducha.
Él no quiso piedad porque sabía
que no cabe en el mundo: terminar
con todo, reventar contra el suelo
las pesadillas familiares, más livianas
de tan novelescas. ¿Quién afrontaría
los traumas de la vejez, el asedio
de la pobreza, la decadencia
de la memoria, cuando un solo paso
lo libera de golpe? Mis recuerdos

de su humor se vuelven ingratas
anécdotas, premoniciones, fuegos
fatuos. ¿Todos seremos, como él,
sólo un texto? No, si la cadena nos tira
hacia el vacío, desechados, esto
prueba que fuimos: imágenes del otro
que vimos, atesoramos u olvidamos
en nuestra fragilidad y que la ajena
reclama para no desaparecer.
Yo no lo vi, él no podía sentir
fuera del círculo que se achicaba
con su cadena. ¿Era el abismo
enrollándose solo, o sus pasos
rengueando se enredaban y acortaban
el diámetro posible? Ni la hebra
finísima y continua de algún vicio
se resistía a caer. Leo su obra
cuando no puedo imaginarlo vivo,
y tras la cortesía y la abstinencia
descubro las ocultas, intragables
porciones del dolor que lo mató.
Nada, cajas con cosas, la poesía
alejándose hacia el campo
de una juventud derrochada
y recobrada. ¿Adónde apoyó
su bastón la penúltima vez?
¿Cerca de la ventana o lejos

para que los puntazos en la pierna
le dieran impulso? ¿O cayó al suelo
y rebotó sin quebrarse cuando él
ya no tenía pensamiento ni era
más que una carne destinada al horno?
La ejecución, la cremación, el pan
leudan adentro, legados de palabras
de orden. Si hablo del amor fati,
pierdo piedad, pero alguien gana
la memoria que escribe sin volver
a la desfiguración. ¿Cuál sería
el sabor en su boca esa mañana,
cuando por fin la noche se iba abriendo?

catalán

Caminé hacia la rambla, calculando
cuánto tiempo llevaba sin hablar
en mi lengua materna. Ya escuchaba
susurros, premoniciones. Hasta el puerto
me parecía conocido: “aquí mi padre
se detuvo hace más de quince años
y decidió volver, ¿o escuchó acaso
una risa demasiado ajena, un *clos*
que terminaba con sus anhelos
de migrar?” No hay tiempo para nada
que se parezca al lugar iluminado.
El puño que se cierra en mi mejilla
envuelve el núcleo opaco de los tonos
con que se cantan las palabras
desde que nací. No puedo contar más
que las sílabas del verso que me hice
cuando salí de mi ciudad. Así
subí en busca de un bar, un vino rojo
para teñir la idea de que estaba
cerca del mar; del otro lado: ellas,
voces donde vivir hasta la muerte.

volando hacia Bizancio

Hay un oro en el fondo, se termina
el contorno ancho. La cara del emperador
es un libro para colorear con zonas
numeradas. El uno indica rosa, el dos
blanco, el tres naranja, el cuatro
celestes. Aquí los viejos dioses
se visten de corderos, faisanes y delfines.
Los grandes ojos negros de una dama
de la corte imperial devuelven el asombro
a los mortales. Y su pelo ondulado
hubiera sido un premio, bucle de espuma negra,
mil años antes en islas sagradas.
Su belleza perdida, el hieratismo
me atraviesan la carne y en la espalda
una paloma eléctrica camina.
Estoy solo en Ravenna. El fin se acerca.
La usura hizo esta iglesia. ¿Tengo fe
en que mi cuerpo escribe para siempre?
Cruzando el mar, me aguarda nueva vida,
la de verdad olvidada. El sol relumbra
y dora más que un fondo bizantino.
Todavía hay líneas que defender,
si no existiesen, las inventaría.
En la cabeza traigo la foto de mis hijas.
Les regalo el imperio antes de irme.

el recluso

Leo a un poeta que se miente: “el mundo
no sería igual sin mí, algo
se habría retirado y el vacío
dejaría una estela en la presencia
más plena de las cosas”. ¿De qué mundo
estaría hablando? Esta pieza y sus límites
de ladrillos, mampostería y cal,
¿puedo decir que duran más que yo?
Todo se desvanece a cada rato.
Quisiera convertirme en lo que fui:
una chica, un arbusto, una tortuga
y un mudo pez en el fondo del mar.
No, nadie se escucha hablar y el tono
de mi ronca vejez será escuchado
por otros, como el chirrido de goznes
que no llega a despertarme. Escribo
acunado por cuerpos que se van
a repartir su sangre en otro lado.

dulce espera

Faltan cinco días para que vengas.
¿Qué serás? ¿Leerás sonriendo este verso
que no termina? Tus hermanas sostienen
las libretas donde una vida entera
ya se empezó a escribir. Y cambiarás
letra por letra hasta tu nombre nuevo
para vos. Aunque venga del fondo
de infinitas memorias desaparecidas
que se llamaron igual. Gimotean
de impaciencia las parvas de franciscas,
francescas, margaritas, daisys,
margheritas, françoises, que quieren verte
y compartir el aire en el susurro
agudísimo de un trío. Jugar
se vuelve un tú en falsete ultraligero
que suena a trino. Cantan para vos.
Yo quisiera sumarme a tantas voces;
sé que podrás entender mi silencio.

bebé dormida

Oigo el canto de pájaros borrachos
en la tórrida siesta. ¿Qué me ata
a la pieza donde inclino mi cuerpo
y mancho la blancura del papel
indefenso? Podría ser la niña
que duerme custodiada por un guardia.
No intento una sonrisa hasta que veo
esos ojos rasgados y sin foco:
el gesto tiene un cúmulo de instantes
y de palabras que no están en ella.
Si quisiera escaparme de mi ruido,
¿hallaré tu silencio? Está temblando
mi sombra azul al ver
tenues dedos prensiles en el pecho
colmado de humor blanco, receloso.
¿Me resisto a escribir en esas aguas
para labios sedientos de otro oxígeno
cuando mi cuerpo no lo necesite?
Un hilo de su nombre trae un mensaje
en nudos sólo al tacto perceptibles.
Estiro el brazo, mi mano roza blandas
superficies de piel. En un gemido
siento canciones de países nuevos
y aún desconocidos. ¿Cuándo esa voz
me llevará guiado por tus notas

hasta una risa de ninfas perpetuas?

iris de niñas

¿Será un reflejo automático su risa
que espera un gesto en mi cara, un movimiento
para fingir la oscilación? Me voy
y vuelvo, me acerco, me alejo
de su mirada de transparente asombro.
Pequeña mensajera sin memoria,
¿hablás? Tu vida se cuenta en fases lunares
y hay un solsticio que no conociste.
¿Acaso Esquilo inventó el segundo actor
cuando nació su tercer hijo? Dúos
que se rompían sólo para llegar
a componerse de otra forma. Hermano,
te presento a la niña que podría
haber sido la enviada en nuestra infancia
a construir el teatro. Seguramente
tendría el mismo color en los ojos
que te siguen, me siguen. ¿Viste,
escuchaste a nuestra madre llorar
por las pérdidas? ¿Será sabio
nuestro involuntario olvido? Toda
la escena es de una sola mujer joven
apretando los labios en la pieza
para que no la sintieran los chicos,
nosotros, agazapados arriba
en el piso del caos y el combate.

¿Te acordás? Ahorramos las monedas
para el recreo del colegio y compramos
un broche de fantasía con el perfil
de una mujer que parecía griega,
el pelo recogido como en un friso
que no imaginábamos. Se lo dimos
con este mensaje mudo: “sabemos
que el templo sobre tus hombros no alcanza
a suavizar la ausencia de otro peso”.
Y en los ojos, el pelo, la protesta,
¿no es tu sobrina la hermana prometida?
Nada se repite, nada retorna, nada
se reencarna. Los regalos perdidos
se esfuman como esta sonrisa inquieta
y sin motivo. Pero a sus parlanchinas
hermanas no les queda un vasto reino
de dos cabezas. ¿Qué rara variedad
saldrá cuando al fin todos los papeles
los hagan las mujeres? No estaremos
sino como ahora, con nuestras linternitas
estirando a todos lados su lengua de luz
en busca de escorpiones o de versos,
mientras los niños bailan en la casa.

bautismo

Si creyéramos en dioses, dirías
que la fluorescencia de los escorpiones
sólo les sirve para que los biólogos
puedan cazarlos en la noche oscura.
Pero aquí estamos sin ninguna fe
bajo el techo barroco de la iglesia
y hasta el oro envejecido se opaca
para confirmar la muerte. ¿Podrán
unas palabras apenas, en un punto
dichas, en este cuerpo que algún día
ya no estará, decir, salvar
la vida de la niña que duerme
ahora que parodiamos viejos ritos?
Pero a ella no le importa lo que somos,
lo que no queremos, le alcanza y sobra
el sueño y la comida. El futuro
no nos pertenece, aunque a la nada
pidamos una hebra afirmativa,
un hilo rojo en el vestido blanco.
Si habláramos, con suerte te diría
que hay otra fluorescencia en la que creen
las niñas impávidas, la luz
de Campanita que existe únicamente
por la fidelidad. ¿Cómo empezar
a olvidar que este cuerpo sin palabras

será de la vejez y del vacío?

Ay, hermano, la cola del alacrán
me atraviesa el plexo. Nunca veremos
su cara de abuela. Pero el fulgor
es uno solo, y el veneno del bicho
circula en las nervaduras del hada
como esa eternidad que no deseamos.

hijas

¿A quién imita caminando así,
con las piernas abiertas y la vista
al frente? Dice que es un varón
armado, aunque el bucle le azota
su pequeña espalda. La hermana
mayor interrumpe mi concentrado
interés de público y me pregunta
qué son los genes. “¿Los genes?
Y... son como una cadena donde
se escribe cómo sos... están
adentro de las células... que son
partes de vos, adentro tuyo, en todo
tu cuerpo...” Y ella suspende un instante
su asombro de cejas perfectas y dice:
“Ah, ya sé, como lo que te ponen
con las inyecciones.” ¿Para qué
explicar secretos que apenas entiendo,
si la otra sonríe con las puntas
felinas de los colmillos que mi hermano
tenía de chico? Pero la forma de una cara
esconde menos que un fugaz capricho
tapado por el olvido: su negativa
absoluta a usar vestidos; tres años
y una decisión inamovible. La genética
tampoco seca el llanto de su hermana

sobre los rulos cortados de la menor
de las tres. “Queda fea”, solloza.
Una lección de estética. ¿La aprenderá?
¿Aprenderé su estilo de llorar?
¿Sabré captar la valentía y la gracia
en los andares decididos
de la que quiere ser un héroe
y salvar a su padre?

discusión

Dejá que vuelva atrás, hacia tu tiempo,
cuando eras la única niña en la casa
y te reíste mirando las hiedras
coloridas del piso. Corrías, libre al fin
de los departamentos, techos bajos
para tus charlas de notas agudas:
“soy la primera sentada en la mesa,
pero ya vienen más, ya vienen otras
a disputar las huellas del instante”.
Así escuchaste, recibiste todo
con alegría. Hasta perder sentido
tus lágrimas no ablandan la protesta
- ¿estás enamorada del amor
materno? - caída boca abajo
sobre la cama. ¡Qué rápido empezaste
a observar la memoria, a combatir
con lo que no serás! Vamos, Francisca,
¿buscaste lo que siempre estará unido
abajo, al fondo, en la pileta tibia
brillando sobre tu cuerpo invencible?

un acto

¿Queda algo en el mundo todavía
para seguir mirando el espectáculo
de los que vienen? Pero no son así
las caras del futuro que ya imitan
profesiones abyectas o figuras
de un mito histórico, supersticiones
atesoradas para infantilizar
a los niños alucinados. Allá está,
con su gorro de duende, Margarita,
que enfermándose cae, y su amiga,
que a veces es su hija y hoy su madre,
trata de curarla. ¿Qué pensarán
las jóvenes maestras con sus raras
alegorías de ocasión? Ahí llega
Francisca con su pandereta plástica
y pollerita verde. Va a bailar
la tarantela. Atrás los del pasado:
dudosos próceres, dudosos inmigrantes.
Y al final la apoteosis de una dicha
que nadie cree. Entonces ocurrió,
se quebró una barrera, la ironía
hacía un cuenco con las manos y tomaba
lágrimas antes de dejarme solo.
Imaginé a mi abuelo contemplando
la pantomima del viaje, y escuché

una canción napolitana. De repente
mis pensamientos se mezclaban
con los de su fantasma: ¿fui el papel
mojado de témperas infantiles
donde el color del cedro aparecía
por detrás del tomate, el vino rojos?
¿O aquel celeste que entumece el aire
recibía algo negro y más intenso?
Sangre que corre hacia la inexistencia.
Birome que no escribe lo que pasa
por la potencia de sus piernas ágiles
cruzando el patio helado del colegio.

vacaciones

Juntos cruzábamos las Altas Cumbres
con gomas italianas sobre ripios
y nuestro abuelo que creía en ellas
aun cuando se pincharan cuatro veces.

¿Te acordás de la tortuga que iba
en una caja blanca de zapatos
con vanas hojas de lechuga? ¿Cómo
se llamaba? Paula, me parece.

Las piedras que sacudían el auto
la daban vuelta y cada vez
la rescatábamos de su pataleo
con la risa constante de la abuela.

Dicen que viven mucho. Años después
desapareció cuando se arreglaban
los cimientos de la casa. Pensamos
que se había enterrado, que hibernaba,
ahora para siempre. Aunque venía
más rápida que Aquiles a buscar
su comida, la sangre fría,
la coraza de juguete, el cuello
hecho de pliegues de una tela arcaica,
nos hicieron creer que no tendría
necesidad de llanto. ¿Animalito
o cosa en su presente suspendido?
Pero la habíamos llevado siempre

a todas partes, fetiche que salvaba
cualquier viaje. Como aquel, cómico,
varados en medio de la montaña
esperando un auxilio. Desde atrás
no veíamos la frente del abuelo
levemente fruncida. Hermano, ¿le dirías:
“qué bueno que escapaste del servicio
y no te sometiste a los mandatos
burócratas de la guerra, y así ahora
nos llevás de paseo hasta tu casa
desde donde se ve la cordillera
como reflejos cada vez más grandes
de una luz olvidada en los Abruzzi”?

Y yo, cuando bajaba a respirar oxígeno
y a mirar el fracaso de las ruedas,
¿soñé un reloj en las llantas, señalando
ese minuto en que el auto arrancaría?

“¿Manejabas, abuelo, el auto de la muerte
con tu camisa que apenas era
una variación del overol, para irnos
lejos de los perseguidores
de un tiempo que jamás podrá alcanzarnos?”

la espera

Una nenita de siete años espera
a más de media docena de amigas
para tomar el té. Imitan una
costumbre antigua: el entretenimiento
reproduce modelos del pasado.
La madre ansiosa preparó la mesa,
le dio el permiso y el estímulo, fueron
juntas a comprar galletas, gaseosas,
prepararon juegos que un rumor festivo
trasmite de madres a hijas, de abuelas
a nietas... El timbre no suena.
Pasa media hora y no viene ninguna,
¡ni una sola de sus amadas
compañeras de escuela! Nadie irá
a visitarla. Cada padre
habrá transpirado, leído apenas
el mensaje en la tarjeta, habrá
suspirado de alivio al escuchar
la decisión: “Queda muy lejos
y tenemos que ir a...” Suena el teléfono,
oigo un reclamo en la voz de la madre
que pregunta si mi hija... “No,
se fue a...” Tras la cortesía
de la madre se escondía el gemido
de la nena, sola. Y así creamos
un llanto que no conoceremos. Yo,
por no llevarte, Francisca, hice correr
un hilo más de angustia. Tu presencia
habría sido una fiesta. El hueco
se abre un paso furtivo en la memoria:
“cuando era un chico fui

el que esperaba en vano la llegada
de esos pocos que serían todos”.
Me siento mal como si fuera ella,
sin amigos, perdido, y aferrado
a los brazos familiares que no
me harán reír. La más leve
conmoción que se vuelve irremediable
y el sufrimiento que no tiene culpa.
Días, noches, nada la hará olvidar
su espera inútil. Ay, Francisca,
si a vos te pasara, nunca sería un consuelo
adivinar el poema que escribe el abandono,
la desolación. Pero estamos
entregados al capricho y no existe
una reunión que sea definitiva.

envío

Siempre es triste pensar en que algún día
ya no estaré, aunque sea un claroscuro
inasequible. Después del primer llanto:
un mes y todo ha terminado. Veo
tu cara de lector, no sentirás
más que la dicha de leer. De todos
mis poemas elegirías éste
donde un tipo anticipa su ridícula
apoteosis literaria. Aunque serán
lágrimas encriptadas, no por mí,
por tu propio destino de palabras.

hace frío

Soy el más débil, el más pusilánime,
en esta hora en que el invierno tiene
un solo día. ¿Por qué imaginé
que temblaba y lloraba con la cara
en la escarcha? Faltará plata siempre
para comprar el oro de inagotables siestas.
¿Acaso sabe ella que un marido
es verdugo y una casa, la cárcel?
“Pero ya ves, vine sola”, diría,
“es verdad, y había una hermosa luz
en tu sometimiento”. ¡Con qué rapidez
me estrellaría sin ella en el vértigo
como un pájaro choca contra el vidrio
escapando del viento y ya su cuerpo
no soporta el instante congelado!
¿Pero quién podrá ver las gotas rojas
sobre las plumas? Vamos, birome mía,
que tu punta caliente dure un rato
y que un sol sea tu esfera hasta mañana.

aventuras

Voz distante, un niño juega en la calle
pero ya se hizo de noche, alguien llama:
“entrá”, le dicen, “entrá que es tarde”.
¿Soy yo? Caen las primeras gotas
sobre el asfalto tibio, y otras mueven
las hojas amarillas de los plátanos
que susurran como si respiraran
tras el tórrido calor de la siesta.
Mi madre habla por teléfono, miro
sus dedos que destejen una trenza
de nudos invisibles. ¿Qué hacer? Prendo
la televisión, nada; otra vez abro
las páginas de un libro de aventuras
que sé casi de memoria: “Un capitán
de quince años”. ¿Cuándo llegaré
a esa edad en el dominio del cuerpo?
Mentiras de otro siglo, nadie nunca
salvó así a sus padres en el África.
Pero era la madre, adoptiva, ¿qué
me devolvía siempre al devocionario
del joven huérfano tan agradecido?
Más allá del balcón está esa vida,
aunque también los negros, las serpientes,
las mil formas en que un mafioso mercante
puede someter a un muchacho. ¿Quiero

tener la valentía de ir afuera
o admitir que se consume y pierde
mi juventud como si fuera antigua?
Entre esos africanos, el efebo
capitán no tenía ni una chica.
Yo encontraría después en Salgari
las perlas blancas y los labios rojos,
un ideal concreto, el premio al riesgo.
Viejo niño danzante, si el deseo
de hacerlo te conmueve, ya tenés
bastante luz sobre el piso y la mesa
para jugar con la sombra de tu mano
a lo que no querés ser. Se termina
la lluvia, el libro raudo que viviste
y no vuelve. Otra vida no tengo
que me lleve del cuello como un perro
hacia un futuro en que pueda pensar
en lo que pasa. Apago la luz
y siento la ventana oscura, apenas
la ilusión de lo cóncavo, carente
de estrellas el plato hondo de la noche.

fiesta

Uno no habla de muertes en las fiestas
de bautismo. Midamos el aliento
que no cuenta sus pausas ni los vasos
de vino que lo cubren. ¿Qué pasaba
sin mí a mi alrededor? Unas mujeres
simulaban acciones imposibles, otra
se entregaba al preludio de la charla.
¿Quise olvidar la envidia irreflexiva
o seguir la pendiente de la noche?
Un chico me habla, sin escribir quiere
ser escritor. ¿Escucho sus palabras
que se pierden en el damero negro
y grisáceo, esparciéndose en el aire
como el humo de mi cigarrillo? Volvamos
a la edad en que el cuerpo nos responde
y nadie nos conoce, como ella.
Encadenaste al otro sin cadenas
y sin manos ni piernas lo abrazaste,
¿quién me defenderá de tu expresión
que apunta hacia otro lado? Cuando todos
se van, cualquier canción de moda
destruye mi perfecta soledad
de borracho perdido. ¿Habrán ganancias
en los extraños días que me quedan
viviendo como un viejo prematuro?

entusiasmo

Camina en su andador, contempla al lobo
que tensa la cadena para oler
su piel de nieve. Ahora parpadea
sorprendida por la lengua mojada,
y el rabo del gran perro se sacude
a la misma velocidad
que las pestañas de la nena.
Ahí está el animal, acá las plantas
que brillan verdes contra las paredes
casi azules del patio. Llámennla,
que ella aprese las hojas suspendidas
en la fábrica de aires luminosos.
¿Qué tratás de decirme con tus sílabas
que no son naturales ni aprendidas?
Pasos, leves agitaciones, mueven
las ruedas de tu artefacto infantil.
¿Cuándo aprenderemos a caminar?
Mi cuerpo se ha olvidado de su ritmo;
y en tu sonrisa rápida de encías
nuevas, en tu ascensión vertiginosa,
de pronto siento que un reflejo extraño
me da risa y los once pies de un verso.
Son los tuyos que el tiempo multiplica,
no los míos que ya cortan camino.
Aié, aié, tatá, Baco, aié,

muérdeme con tu líquido de frutas
y que mi atención sea la de ella
dulcemente extraviada en canto intenso.

fiebre

Cuatrocientos cincuenta instantes, ella
durmió con la cabeza entre mi cuello
y mi pecho. Respiraba agitada
por la fiebre y en su ronquido rítmico
yo intentaba escuchar qué pasaría
con el sueño, con la enfermedad. Pero
¿soñaba acaso sin palabras sobre
una almohada de huesos, mi clavícula?
“Quisiera preguntarle al gran espejo
libre de gripe, a la velocidad
de tus meses de vida, que ahora oprimen
apenas mi garganta, qué será
de vos mañana, pasado, de aquí
en veinte o cuarenta años, cuando yo
no pueda sostenerte y lo que digas
dependa de otro mundo.” Traté entonces
de dormir: imágenes desconocidas
y signos dibujados por detrás
de los párpados sobre la pared
en mi noche secreta. Sólo supe
que no me traerías pesadillas
y que pesabas menos que una pluma.

filosofía infantil

Y también somos animales, solos
con el cuerpo gastándose en secreto
como un cubo de hielo. ¿O un pedazo
de combustible semisólido, cera
de una vela que trajo alguna madre
y no supo esconder de la fogata
que nunca termina? Cuarzo o papel
o las mágicas ondas del espacio,
semen o sangre, óvulos que deciden
servir o derrocharse: nada es polvo
y en él nadamos cuando aún no éramos.
¿Qué harán con el cadáver de su “amada”
mascota anglofrancesa? No hablaré
de la noche y la mugre que se posan
en telarañas, rincones, macetas,
las ocho patas que se están secando
sin haber caminado más de un metro.
Gritá, gritá, Angelina, gritá ahora,
que el infame vacío no parezca
una trompa triunfante, que no muestre
ese gran hueco atrás de las palabras.
¿O sí? Mirémoslo, mientras podamos
aguantar su calor. ¿Somos la luz
de la constante y pútrida materia?
Decímelo, Angelina, cómo fue

que aprendimos a hablar
y fabricamos tiempo
para morir llorando a cada instante.

carpe diem

Sólo vos, Margarita, tenés la edad del miedo
a la noche. Pero tus héroes se levantan
con el sol y nadie puede evitar
verlos como una estela luminosa
cuando empezás a correr. Ahora ese nombre
es una puerta al pie de la montaña.
Flor que persiguen unos Faustos sabiondos,
pequeños aprendices de la gran mascarada
masculina. No se deja embaucar,
sonríe y alza un hombro cuando alguno
le dice que no quiere ser más su novio.
Con menos de 5 años, 3 de hablar,
0 de escribir, ya sabe que el heroísmo
verdadero es ser objeto de un destino
dichoso. No es posible olvidar
la forma en que tus ojos y tu voz
atraen. ¿Qué te falta aprender?
Menos que a mí. ¿Unas letras?
¿Algo para confirmar que los monstruos
no existen en la oscuridad, que las imágenes
se borran unas a otras? Dormí, Margarita,
mañana te daré la burbuja de un día
para que la pongas en tu collar de plástico.

suerte

El destino más tonto finalmente
se cumple. El número del boleto
de ómnibus quiere decir algo:
si es par, no me querrá, si es impar,
un beso. Pero nunca se trata
de la niña y el diálogo imposible
entre los sexos de la infancia, sino
de alguna vida y de la enfermedad
porque el final depende de la suerte.
La birome se esfuerza en el papel,
¿o en el silencio? Ya se balancea
algo póstumo con ruido ensordecedor
aunque sólo mi oído lo perciba.
Esta voz será entonces el canto de un gusano,
no música de esferas, apenas más potente
que una burbuja de bagre. Lo que debe
caer nunca se frena. A un mal poeta
nada malo le pasa, por horror
a la tautología. Y de a poco oscurece
sin que yo espere premios, cuanto menos
la cáscara tirada de lo que no existe
podrá juzgar mis intentos de convertirlo
en tenue tul y por sus celdas nuevas
me dé las gracias. Aquí están los poemas
que no escribiré. Prefiero mirar

lo que no quedará de su manera
aplicada de acomodar la ropa
en pilas, con la limpia, la planchada,
la que falta lavar, con seriedad
tan noble como una muñeca
que se hubiese copiado de un perfil pompeyano.

visitas

Suben las escaleras, buscan túneles
para combinar líneas, ya no saben
cuánta belleza cabe en sus cansadas
caras. Sigo la ley de los viajeros:
“haz lo que vieres”, y pienso en mi memoria
más de un noventa por ciento feliz.
El aire llega de la superficie
y hacia allá voy. Dos viejos escritores
me harán sentir Mercurio por un día.
“Vuelo con lo que compro y lo que vendo
en este puerto de rivalidades
despiertas. Perdonen si les traigo
una oda provinciana a Buenos Aires.”
A la noche, la risa y los paseos
parecen repetirse eternamente
en el ómnibus negro. Cuando empiezo
a dormirme, una voz entusiasmada
me dice “así lo quise”: son promesas
reclinando el asiento y proyectando
lo que sí somos, lo que sí queremos,
en la pantalla turbia de los libros
que sueño con leer.

el cedro calvo

Se ha cubierto de agujas verdes, nuevas
el cedro calvo en su maceta. Yo
siento que cada primavera trae
más vida, aunque no para mí. Si al menos
una vez me acercara a tan límpida
luz creciendo de a poco en el poema
como esos brotes puntuales de conífera
excepcional, si pudiera callar
en otoño después de haber guardado
algunos versos secos y sabrosos,
entonces tendría tono mi memoria
y esperaría alegre las caídas
que anuncian el final. Muy levemente
se nota: aumenta la vejez y nadie
verá otra primavera en mi cabeza.
Arbolito caduco y renovable,
tu suerte es una burla de la mía.
Pero no tenés hijos, estás solo,
sos el bosque confinado y tu fragilidad
apenas si podrá sobrevivir
cuando una de mis hijas te eche agua
invocando el olvido o la desidia
del padre distraído. Falta ahora
la mitad del camino, soy tan chico
que me interno en tus ramas diminutas

y con sólo una hoja rebosante
me alimento, mientras busco despacio
algo que se parezca al buen Virgilio.

el espíritu

¿Podrán estas palabras relucir,
ser chispas de un minuto insatisfecho
cuando el ritmo se acabe? Como un perro
me llega el fin del día, muerde y hace
que el sueño venza, pero un animal
termina heroicamente su batalla
solitaria. Revolotea una polilla
sobre el último hilo que sostiene
esta hoja ya sucia, ¿te animaste
a llamarla destino? ¿No elegiste
el buen sabor casual que te acompaña
como el tabaco y la remera negros?
Y si admitiera una próxima vez
para imitar un dístico perfecto:
¿será otro vano libro, menos cruel
sin el goce egoísta de un secreto
que finge revelarse? Para nada.
Ningún ojo viviente da la vuelta
a la estaca que marca el fin del verso.
Sin conocer la meta, corro, salto
afuera de mí mismo, hacia el vacío.

el cuerpo

¿Te castigo, te ciego, oscuro cuerpo
que percutís la tarde con tu ritmo
sensible? En cada pausa, una necesidad:
comer, intoxicarse y en la noche
ser el rayo que parte en dos el tiempo
en donde burbujeaba la cabeza
y su electricidad intermitente.
¿Sos la causa del miedo o el auxilio?
¿Tenés la idea de la muerte infusa
en la sangre escarlata, en los pulmones
turbios, en el estómago irritado
por las simulaciones del pensamiento?
Ahora vendrá la noche y dormirán
todos, incluso yo, tendrás de nuevo
la seda de tu guante, el cuerpo claro
para tocar y en el último instante
no habrá partes ni órganos, ni vos,
nadie en el plasma intenso de la noche.

II. Ingenuos

“*Sócrates* – ¿Quieres hacer la prueba en el acto? Toma un espejo, dirígelo a todas partes, y en un momento harás el sol y todo lo que hay en el cielo, la tierra, a ti mismo, a los otros seres vivientes, los muebles, plantas y todo lo que antes hemos mencionado.

Glaucón – Sí, haré todo lo que dices, pero sólo en apariencia; nada de eso existirá ni tendrá realidad.

Sócrates – Muy bien. Has comprendido perfectamente el sentido de mis palabras.

Platón, *La república.*

paseo

Las ruedas del carrito giran con firmeza,
 a pesar de que los chinos laboriosos
 habrán tenido que resignarse al plástico
 industrial. Vamos callados los dos,
 pero la nena observa con detenimiento
 las personas que aparecen, los perros,
 y saluda o señala de acuerdo a la mirada
 que descubre en sus ojos. Yo camino
 pensando en los poemas que me libren del mal
 y que no llegan nunca. Lo que falta es la fe,
 decía Hegel. A veces uso frases
 para estimular los oídos de la beba
 con palabras que no podrá decir.
 Si ella pudiera recordar, contar
 este paseo cuando sea grande,
 ¿encontrará un indicio de inmortalidad?
 Mi cerebro titila hace unos días
 y confirma mi idea más antigua,
 la primera memoria: alguna vez
 se apagará el arroyo de palabras,
 se cortará la luz y no habrá sueños.
 ¿No es posible recobrar la alegría
 antes de cualquier libro? ¿Dónde
 escondí los detalles de mi primera infancia?

Muchas baldosas rotas, mínimas obras
 abandonadas por la mano alegórica
 del tiempo. Con el pie derecho empujo
 el eje trasero del coche y saltamos
 sobre los obstáculos. En seguida llegamos

a la vereda lisa de la iglesia:
la regularidad de las estrías
produce un traqueteo que nos gusta.
El ritmo de dos torres de cemento
dispersa diagonales que cortamos
con nuestras ocho ruedas. ¿Será neogótico
ese anhelo precario de levantar la cruz
en una aguja de hierro? “Bu, bu, bu”,
tu dedo índice señala un perro
y te das vuelta para compartirlo.
Tenés razón: en estas construcciones
no hay sentido ni estilo. Pero un cuerpo
humano o animal se da con gracia
destacada sobre las casas bajas y los pobres
intentos de hacer algo duradero.
Justo enfrente del atrio, no pude evitar ver
un pichón aplastado pululando de hormigas.
No te lo muestro, ni lo verías, sólo
te interesa lo vivo. De un altísimo nido,
¿lo tiró un accidente o fue expulsado?

Las megalomanías me acompañan
como si todo el tiempo fuera mío.
Soñé que estaba en un país lejano
y junto a dos amigos, que no puedo
reconocer, cazábamos ranas arborícolas.
Brillaban verdes, intensas, en las ramas
más altas de unos ficus, unos siempreverdes,
paraísos y plátanos, con largas cañas
las bajábamos. La bolsa estaba llena,
pero no se movían, eran un alimento
pacífico, como frutas. ¿Soñás

vos con perros, caballos, gatos,
 o te acordás de los sapitos en el campo
 y la alegría, los saltos que te contagiaban?
 Son como versos, creo, uno los pesca
 pero no los inventa. “¿Dónde está el ‘po’?
 ¿A dónde están los ‘po’ escondidos?”, te digo.
 Y te das vuelta y contestás: “Po, po...”
 Para que riéndonos busquemos juntos
 a esos misteriosos saltarines que no viven
 en este barrio. Pero si a la noche
 nos iluminan titilando, croan
 a nuestro lado mientras caminamos,
 ¿cómo es posible que no existan? Te digo:
 vas en el coche, recostada, tranquila,
 pero sabés que todo es un trayecto
 entre cosas y seres que de pronto
 dejamos atrás para poder besar
 y comernos su luz en la memoria.

En el ángulo opuesto de la iglesia, el cilindro
 que se eleva con sus almenas de juguete,
 rosas y blancas, reza: *Turrís Davidica*.
 ¿Habrá una construcción veterotestamentaria
 que selló el voto de la orden imperante
 en esta manzana del barrio? Seguimos,
 cruzo la calle para ver a los santos
 de cemento, estirados en sus ojivas
 que simulan materiales nobles. ¿Los ves?
 No, estás llamando a un tótem emplumado:
 “cuá, cuá...” Y una paloma asustada que vuela
 como si en su primer forma los patos
 pertenecieran al cielo hasta que el agua

los obliga al reposo, a la resignación.
¿Sabrán los santos flacos, como figuras
sin conciencia influidas por Giacometti,
que nunca en estas tierras hubo fe,
ni edad media, milagros, casi nada
entre el vacío y la escisión cumplida?
Para vos sí, hay algo, te señalo
el gris ceniza de unas alas que se aquietan
sobre un paraíso. Las ves, de nuevo: “cuá”.
Tu dedo índice y tus labios abiertos
en la dichosa sílaba le agregan al pastiche
el milagro más cierto, sin historia.

Hay una música en nuestra caminata:
con las baldosas rotas bajo las ocho ruedas,
el coche un poco avanza y otro poco se frena.
No tenemos secreto para los versos blancos
que decolora el tiempo. Ahora compremos
un cuarto de pan criollo, cuando crezcas
te harán reír de tu ciudad. Una casa
de mil novecientos doce corta el ritmo
de cubos y de prismas: ¿te interesan
las caras moldeadas en cornisas
coronadas de acantos excesivos? Parece
abandonada, sin duda que sus dueños
la usan para vivir y no la miran.
Hay otra música en tus breves sílabas:
a baldosas estriadas, ruedas lisas,
la casa se demora a tus espaldas.

Saludás con la mano a los que pasan.

Yo acompaño tu gesto con mi mueca
de vecino dichoso, aunque discreto. Allá,
desde la esquina el ángulo del ojo
ve a una mujer joven que se acerca.
No le miro la cara hasta que siento
sin ver tu consentimiento, tu risa
dirigiéndose al mundo debajo de los rulos
castaños. Fijo en el rostro el centro
de mi atención y pienso: no hay codicia
real en la curiosa búsqueda
de una belleza que no va a durar.
Digo: “¡Hola!”, muestro un diente, es tu maestra
jardinera. Ha terminado su horario
de trabajo y corre perseguida, escapándose
de un sátiro invisible que encontrará después,
cuando sea ninfa nocturna y se pinte los labios.
Pasó a nuestro lado. ¿Tendrás vos
que cuidar bien tu pelo y tener pasos
de animalito que atraviesa un bosque
de ojos? Pero me gusta agregarte
una precisa inteligencia que ojalá
te haga amiga de Diana y te dé flechas.
Ahora me callo, porque en ese mundo
no voy a estar. Ni volverá este instante
que en el futuro dicta sus palabras.

Vamos hacia la plaza. Siempre hay algo
para colmar tu alegría de mínimos índices
que dibujan una palabra no sabida.
Perros grandes que corren como tropas
de un ejército sin jefe, juguetes
de los organizados hombrecitos

que se hamacan furiosos. Mirá
las artesanías falsas, los autos y motos
a batería, el que alquila
una pelota y la ilusión de un arco
que ya ha sido vencido. En el extremo
sureste de la plaza, si es correcta
la información del sol, unas estatuas
de yeso nos esperan. ¿Qué remotas
manos habrán pensado, en qué momento
de la historia, en hacer un Moisés
tamaño enano, una Venus que sale
sin color, como tiza, del hormigón
que forma cuadros para imitar baldosas?
Me gusta la que tiene un pecho erecto
afuera de la túnica, el pelo recogido,
y supongo que es Diana, desarmada.
No tenemos jardín ni religión.
¿Dónde pondría ese yeso para ver
cómo oscurecen los años el blanco?
Empujo el coche, hago una reverencia
con la vista, saludando a la diosa
y ayudando a tu dedo que la llama.
En poco tiempo, pasearás entre los árboles,
subirás al tobogán, tendrás la risa
devuelta en la mirada de los otros.
No te olvides de mostrarle a tu diosa,
que estará oculta en vos antes del habla,
las raíces enormes del ombú, decile
o decite a vos misma: “este gran pulpo
es mi planta sagrada de una tarde”.

En el camino de regreso, pienso

en la pintura que se está formando
a pocas cuadras: la mano de mi amigo
pone un color que saca con el dorso,
pero deja el vestigio casi verde
de un río en la llanura anaranjada.
San Cristóbal, gigante, lleva a un chico
que parece un muñeco sobre el hombro,
y un bastón en la mano. Un solo paso
se hundirá en el agua, el pie derecho
tocará la otra orilla. Como a vos,
el movimiento hará reír al niño.
Pero no todavía. De repente,
la calle se hace río y los autos son bestias
veloces, que amenazan nuestro carro
frágil en el cordón de la vereda.
Tranquilamente cruzo, tu alegría
entreabre la corriente, paraliza la espuma.
No soy un santo, ni vos sos una diosa,
literalmente hablando. Y algún día
no pisarán nuestros pies el suelo que nos ama.
Pero en este momento sos eterna,
y dejo mis palabras para subir al cielo
colgado del carrito azul marino.

Hablan, gritan, se ríen, te saludan
tus hermanas mayores. “Acá estamos”,
les digo y vos entrás con tu dudoso paso
a buscar un juguete, alguna cosa
que cambia de lugar. “¿Adónde fueron?”,
me preguntan. “A caminar”, contesto.
Si menciono la plaza habrá un reproche
bien merecido. Desde el segundo patio

viene un rostro italiano, un cuerpo pequeño
con hombros anchos, cuello fino. “¿Quién es?”,
pregunto acompañándote, mirando
el pelo recogido de color naranja
donde el sol se detiene a darle un beso.
Es tu mamá, pero es también la causa
de mi felicidad, de este poema
que ahora se acaba porque hablé con ella
y el día se atesora. Dice: “nada es eterno,
pero hay tiempo y deseo todavía”.

compras

Con la risa perpetua y el saltito
que das a cada paso, me llevabas
hacia los escaparates, las góndolas
y el brillo de una abundancia imperturbable.
De día, ningún tropiezo quita
un resorte a tus piernas de estatua
en miniatura, elástica. Pero apenas
cae la noche y empezás a extrañar
la compañía. Y la cueva de niñas
jocosas no te cuida cuando duermen
tus profundas hermanas. ¿Qué secretos
se alzan entonces en la oscuridad?
¿O es algo que te falta? Niña insomne,
no sabés cuánto nos acerca el miedo
que valientemente controlamos, y de pronto
cede el piso, yacemos, muy lejos
y a veinticinco años de distancia.
Pero no está en la sombra el enemigo.
¿Puede haber protección en un juguete
aferrado con toda la fuerza del sueño?
¿Querés algo, cualquier cosa, ves
algo que te guste? Hoy te daría
la poca resistencia que me queda
para que puedas reírte de la nada
y jugar con la ausencia del fetiche,
hasta que seas tan pero tan grande
que sólo mirando al cielo me encandile
la precisión actuada en tu belleza.

¿Sentís que algo se esconde en los rincones
donde las sombras aumentan? “– Papá, ¿podés
comprarme algo? – Sólo si prometés
que no vas a tener miedo. ¿Qué cosas
te asustan de noche? – Sueño, pienso
que hay arañas. – Pero si son chiquitas y además
no hacen nada. – Sí hacen. – No,
ellas se asustan de vos, si hay alguna
se queda en su tela, quieta, esperando.
– Hacen otra cosa. – ¿Qué? – Tienen
veneno.” Y te seguí explicando sin querer
saber lo que sabía, que ellas
minúsculas con sus ocho patas siempre
son cazadoras, la forma más pequeña
del predador. Ay, Margarita, como nosotros,
matan para vivir. Esperan meses
a los insectos libadores como un león
acechando a un rumiante. Agarro entonces
una libreta, un video, un bibelot de plástico
para no recordar mis noches blancas
contemplando la lenta cacería en el techo
sin apagar la luz. En las tinieblas
el miedo te hace su presa, cualquiera
sale a cazar. ¿Y si alguien hizo
esa insólita espera del hambre, ese monstruo
de ocho facetas? ¿No será un signo acaso
de un vacío esperando por detrás de nosotros?

Y ella quiere un cuaderno con las tapas plateadas
para anotar sus sueños cuando aprenda
a leer en la noche los caprichos
y los estados de ánimo. Unas veces

acepto y otras digo que no, que falta siempre plata para llegar, pagar comida o cuotas. Pero sabemos que los pedidos no tienen solución, ni hay un final para el querer. Vamos hacia las cosas de limpieza y vemos las góndolas de alimento para perros, trato de que ella no se dé cuenta. Ahora no tenemos perro, está muerto, ya no compraremos nunca en esta parte del gran infierno iluminado. Cuando supo que el viejo animal negro no volvería de la veterinaria, el llanto superó todas mis previsiones. ¿En qué momento me fui volviendo inmune a la amistad y a la fidelidad? Pero vos, con tus dibujitos en anotadores diminutos, con perritos geométricos repetidos una y otra vez, acompañados de tu madre al final de la cadena en los paseos urinarios de cada día, vos me mostraste de nuevo el viejo pozo que se chupa a los seres y que escupe un chorro de presencia. ¿Será eso lo que te asusta de la oscuridad? Sólo en algunos momentos, porque siempre te colgás los adornos del valor y tu risa resuena en el vacío de las cosas que usás como si tu encanto fuera una potencia inigualable. Margarita, ayer nomás bañabas de lágrimas las fotos de tu perro y ahora estás corriendo, dando saltos, bajo las luces blancas del supermercado

que quisieran negar la verdad y la muerte.

Demasiado impasible, demasiado apegada,
tus hermanas te rodean como límites
que no vas a cruzar. Demasiado
las querés a las dos. Ojalá un día
puedas pensar que al apagar la luz
algo te busca, tanteando, y casi toca
con cariño tu cuerpo que se agita
en el sueño. Es la nada que quiere
solamente ver, que vos le indiques
mirando la felicidad, el paso rápido
de la vida absoluta. Y apenas abras
los ojos grandes sentirás retroceder
esa ausencia sin forma que de nuevo
se esconderá en su cueva. ¿Una araña
o un dios que va achicándose de a poco
como un personaje de cuentos por obra
de alguna bruja o simplemente
porque ya nadie le reza? Cuidate,
no del temor que ya es una defensa,
sino de ese vacío que nos pone
en busca desesperada del amor
y los objetos. Pero, ¡qué digo!,
si ya sos tan buscada que aprendiste
a manejar cada gesto. Y ahora,
¿qué nos falta para ir a la salida?

“– Hagámoslo todos. Primero vos,
segunda la mamá, y nosotras tres,
y el perro, claro. – ¿Cómo, el perro? Pero...

– Voy corriendo a la tumba y te lo traigo.”
Así empieza tu risa, ¿acaso viste
el lado cómico de todas las máscaras
o una luz de tinieblas? Finalmente, aceptamos:
vos un muñeco azul y rojo, yo un cuaderno
para anotar lo que no entra en un registro.
¿Quién va a pagar, si no tenemos nada
más que una solución precaria? Vamos
a dejarte una luz, apenas, prendida
debajo de una tela para que tus hermanas
no se despierten. También podés abrir
un centímetro el postigo de tu pieza
y que entren a ayudarte los fantasmas
luminosos, constantes. Pero los dos
haremos una promesa: nunca
dejaremos de pelear contra esa cosa,
aun cuando tenga que ganar. Ahora dame
la mano, Margarita, y con cuidado
que es una playa de estacionamiento.

cortes

La veo envuelta en una capa azul
eléctrico, con el pelo mojado
y lacio, sin poder mover las manos
para indicar los centímetros que acepta
cortarse. Le digo al peluquero
que haga un marco perfecto para el rostro
serio de esa niña santa que no alzaré
una voz de protesta. En otra silla
bajo otra capa azul mi cuerpo espera
no volverse indiferente, ni tan poco
atractivo para mi vista como el pelo
que sigue la procesión del tiempo y va
raleando paso a paso en mi cabeza.
Por el espejo miro su quietud
y mi inmovilidad. Ya parecemos
los muñecos de otra nena que juega
a envolvernos en sábanas minúsculas.
Esta mañana encontré uno, dormido
aunque acaso nunca pueda abrir los ojos,
totalmente arropado en una tela
blanca, con pétalos rojos, de flores
que sólo existen en el limbo antiguo
de las convenciones decorativas.
Lo llevé a su lugar. ¿Tendrá uno propio?
De soslayo veo brillar el fondo
de un ojo de mi hija. Sé que al fin
va a llorar, pero me asusta
toda la valentía que demuestra
y la furia que guarda para cuando
estemos solos. Aunque pueda alabar
la cualidad expresiva de sus lágrimas,

la cantidad que vierte para seguir
pisando un suelo suave, sus palabras
me atacarán en cambio más precisas.
Ella es también un ser verbal. Quisiera
que su vida sea más clara, menos
empantanada en versos que la mía.
Pero yo estoy en el país de los que no hablan.

Es lúgubre el bebé de plástico
que sólo había mostrado su cara
sin pupilas por el hueco de la tela
artísticamente enrollada. Creo acordarme
de un sueño: estaba envuelto
en una venda amarilla y apretada
como una momia. No podía mover
brazos ni piernas. De pie, clavado
como una estaca en un pozo de barro
donde me hundía un milímetro cada vez
que pensaba algo. ¿Era la muerte o una fantasía?
¿Qué traía el vendaje de la noche
y adónde me llevaba una cabeza
llena de pensamientos? Quizás era
la misma que ahora flota sobre el azul brillante
y se deja peinar sin que una mano
pueda rozar sus mejillas hinchadas.
Francisca se concentra mientras su pelo cae
y no piensa en ella, sino en su legítima
protesta contra un padre caprichoso.
Voy a cantar su enojo, vale más
que la fuerza callada de un guerrero
perdiéndose en el polvo de ciudades
hechas para caer. Ella nunca se cansa

de condensar las gotas dispersas en el aire
en cápsulas memorables. Sueña sentada
como una semilla de cardo que sacude
su penacho de plumas, delicada, fijándose
una meta que borre mi falta de respuestas.

¿Qué me mantenía en sueños parado
como Lázaro en un cuadro de Duccio
di Buoninsegna, con los ojos abiertos
sin mirar la expresión asqueada de los otros?
Atrás del sarcófago que se incrusta
verticalmente en una piedra enorme,
donde hay dos arbolitos y tres ramos
de yuyos, puede verse una sombra:
la mano arrepentida del pintor
había hecho un ataúd prismático, acostado,
del que saldría el pestilente
resucitado. Y cuando la infinita
faja de tela le impidió moverse,
mostrando apenas el rostro bilioso,
el pelo al ras, el rictus del dolor
que da nacer dos veces y esperar
ahora una muerte aún más oscura,
entonces el pincel tapó la piedra recta
con una estrecha ojiva donde el cuerpo
no yacía, sino que meditaba
en la nada, negra, donde no hay
relieves, camas o puertas. La vista
de la multitud se asombra ante el cadáver,
salvo dos mujeres impasibles con sus mantos
rojos, que agradecen ese renacimiento
por la gracia de sus cuellos de bronce

y la ausencia de muecas en sus labios.
El que se tapa la nariz ante la tumba
abierta es un incrédulo. No sientas
asco, hija, de los muertos. Si me creés,
el pelo corto te hace más linda, y los papeles
que pegué con engrudo sobre mí
para que se endurezcan sólo buscan
el momento de otra resurrección,
con más sangre en la piel que el pobre Lázaro.
Sin las manos, tus ojos pueden leer la luz
que se irá despegando de la costra ya escrita
hasta encontrar las huellas de la base:
fantasma de la sombra, madera, oro
y el deseo de una imagen que se vuelva materia.

Al fin nos sacan las túnicas azules
y puedo ver tu ceño fruncido mientras toco
con la yema de un dedo el talco blanco,
impalpable en el cuello. Tus piernitas
de ocho años se agitan como si nadaran
desde la barra cromada del sillón
hasta el piso. Nuestro pelo es tan fino
que se une al polvo, a los vapores
de Lázaro levantado. Bajo mis pies
queda una huella clara. Pero ahora
te veo resplandecer con las palabras
que guardás, las lágrimas que retenés.
Quisiera rozar las puntas de tu nuevo
peinado, doblando justo alrededor
de los maxilares como un óvalo castaño.
Y tus ojos que dicen: *noli me tangere*,
ni se te ocurra. Después no tengo

frases de alabanza, peticiones
de un principio autoritario que alcancen
a traerte la calma. Transfigurada,
no te interesa tanto el largo de tu pelo
como la intromisión, el mando
estético que llega de otra parte
y al que yo me someto igual que vos.

Lloraste afuera de la peluquería
como una Magdalena arrodillada
con tu campera fucsia y una aureola
dorada. No te alegraba asistir
a la resurrección, ni el prometido ascenso
al reino de una moda. “Nadie, nadie,
repetías, no quiero que me vean”. Aún
no subías con tu padre. Y ojalá
que siempre tengas un “no”, alguna forma
de rechazar falsas promesas. Si le tocara
una mejilla húmeda se caería el mundo.
Se dice “sí” ella misma, y otro día
en la mañana frágil me hará saber que estoy
vivo todavía, presente, hablando poco
y siempre demasiado, de otras cosas.

kabin

Íbamos por la siesta conversando
con muy pocas palabras, escondidos
de nuestra propia intimidad, casados
pero haciendo una broma clandestina
sin risas. El hotel de lujo
ofrecía unos cubos funcionales
que por dentro eran maderas, espejos
y un brutal anonimato: puertitas,
ventanitas, tokonomas por donde
llegaban las bebidas y las cuentas.
¡Y nada se repite tras diez años
de conocernos! Queremos vernos
sin ropa, ya, sentir de nuevo el paso
del tiempo en cada uno, y en lugar
de atenuar la violencia, desear más. Un sonido
llega desde lo alto de las sierras: ¡ninfas!
Se apoderan de vos, untan el cuerpo
con aceite invisible, perfumado, el aire
que respirás recibe las partículas
de la luz de las pantallas en la pieza
hecha para una trampa que llamamos amor.
Desnudos, nos besamos, ¿es verdad
que abajo crece el pasto y las gramíneas
se cubren de rocío o es la espuma
sintética que se hincha y nos eleva
por encima del mundo? ¿Es una nube
dorada que nos tapa hecha de gotas
imperceptibles de transpiración ahora
que nos miramos las caras sorprendidas
por un placer del sexo más intenso?

En el cielorrasso podías ver
el fin de cada verso como clavos
que fijaban la nube de un instante
en el tiempo, era una primavera
en pleno otoño. Pero recién
hemos entrado y cerramos las puertas
por dentro. Nos reímos
del epitalamio que supimos escribir
en el espacio del consumo.

Dioses en miniatura, van cayendo
camperas, suéters, cintos, tenues charlas
de los amantes del hábito. Y ahí estaban
el deseo y la fácil persuasión
que roban la prudencia. ¿Cómo
llegamos hasta acá, de dónde
vino la alegría? Apenas desde lejos
vi el sórdido refugio y una luz
fuerte en el verde que acentuaba
los ángulos de aquellas construcciones
blancas, lisas, como el techo
de la pieza en que los dos probamos
nuestro placer sin que supieran nada
todos los otros. ¿Qué nos dijimos, qué
impulso tratamos de aceptar?
– Nunca quise tocarte tanto, dije,
en diez años de hacerlo. – Pero todo
se ve, ¿adónde iremos, en cuál
cama o rincón estaremos de nuevo?
Me daría vergüenza acostarme a esta hora.
– Ni un dios podría vernos, nos envuelve

un revestimiento suave, de madera y nadie
podrá imaginar quiénes somos, esposos
del secreto. Aunque si lo contamos,
¿qué más que una sonrisa causaremos?
Y nada es serio hoy. – Con mis brazos
traje tu cuerpo conocido al mío
y mis labios recobraron la sed
en agua dulce de vos.

Tranquilamente,
todo adorno del cuerpo te sacaste.

“Ahora quiero dormir, hundirme
en el cansancio. ¿Qué estoy pensando
mientras él cambia de canal y escucho
palabras en un idioma incomprensible?
Saciada, desnuda, arrebujada caigo
a un refugio, una cueva. Podría
seguir un poco más. ¿Cómo será
desear a otros, no tener
siempre la misma sed, la misma
fiesta de ser tocada sin necesidad
de pedirlo? Evo, evo, evohé,
non dimenticare. ¡Qué sueño!
¿Este será el estado en el que siempre
querría permanecer? Pero es morir
no entregarse al espacio, la distancia
y hasta el rencor que empujan
otra vez y aproximan. Un poco
de llaga abierta se olvidó y llegó
al punto en que el dolor desaparece,
todo, entero. ¿Habrá algo más
o las formas menores, apacibles

eran preludios de lo que vendría?
Habrá un tiempo en que ya no digamos:
quiero, de nuevo, y más. ¿Habrá
otro tiempo? Creo que no. La fe
sostiene la belleza que nos queda
sobre un firme colchón cuyos resortes
no son eternos, pero duran mucho.”

Sólo miraba imágenes, las voces
venían de otro mundo. Imaginaba
que ella pensaba en mí o en ella
de la manera en que a mí
me parecía conocerla. Pero nunca
podré saber cómo es, sentir por un instante
lo que envuelve su cara, su cabeza
y esa alegría de mirarse el cuerpo.
Todo llega a su fin, todo mensaje
está en destino. Y yo la abrazo
como si me dijeran que la muerte está cerca.

Dentro de poco llegará la tarde
con los goces usuales del matrimonio
y en la noche vendrá la esposa joven
nuevamente a colmarte. Confundirán
sus sueños agotados, te rodearán sus brazos
livianos, y que los hilos sigan
girando fatales. Ningún hogar mejor
para variar que éste, que difiere
un poco cada día del origen
sin nunca abandonarlo. Que el deseo
triunfe, que la unión se consume.

Aunque detrás de un velo de ilusión
recibí, Silvio, a la diosa que te ama,
oh marido impaciente. Que giren
los hilos del tiempo, que bajen
las luces a las sábanas revueltas
donde la memoria que juzga se aleja
hacia las multitudes. Ya querría
soportar que me toque una mirada clara.